

BE CAREFUL WHAT YOU SAY

In speaking of a persons faults,
 Pray don't forget your own;
 Remember, those with homes of glass
 Should seldom throw a stone.
 If we have nothing else to do
 Than talk of those who sin,
 'Tis better to commence at home,
 And from that point begin.
 We have no right to judge a man
 Until he's fairly tried,
 Should we not like his company,
 We know the world is wide.
 Some may have faults—and who have not?
 The old as well as young;
 Perhaps we may, for aught we know,
 Have fifty to their one.
 I'll tell you of better plan.
 And find it works full well—
 To try may own defects to cure
 Ere other's faults I tell;
 And though I sometimes hope to be
 No worse than some I know,
 My own shortcomings bid me let
 The faults of others go.
 Then let us all when we begin
 To slander friend or foe,
 To those we little know;
 Remember, curses sometimes, like
 Our chickens, "roots at home;"
 Don't speak of other's faults until
 We have none of our own.

MAGDALENA J. SALAW.

Malabon, Rizal, 8 Mayo, 1909.

EL ARTE

(Continuación)

Pero, ¿cómo lograr que esas muchedumbres abracen las nuevas doctrinas y se decidan por ellas al sacrificio? Ignorantes aún, no comprenden al inventor, al sabio, al filósofo; no pueden seguir los largos y complicados raciocinios por que esos hombres llegan á la concepción de los nuevos principios. No es posible interesarlas por la reforma sino hablándoles al corazón y á los sentidos, dando cuerpo á las ideas, vistiéndolas con las galas de la fantasía, animándolas por el sentimiento. Esta es la misión del arte y de la poesía.

Encender á los pueblos en santo amor á la humanidad y moverlos á realizar, á costa de los mayores sacrificios, las ideas que material ó moralmente han de redimirlos fué en largos períodos de la historia la tarea de las religiones, y no puede menos de ser la tarea de la poesía y del arte. ¡Como! ¿habría de concurrir todo al fin social menos el arte y la poesía? ¿habría de contribuir todo á mejorarnos, y sólo la poesía y el arte mirarnos con indiferencia, cuando no pervertirnos? Los hombres todos, poetas, artistas, filósofos, sabios, industriales, braceros, propietarios, gobernantes, súbditos, todos nos debemos á la humanidad de la que somos miembros y hemos recibido y recibimos el inmenso material de que disponemos para cubrir todas las necesidades y llenar

todos los fines de la vida. ¿Qué vale lo que podemos en cambio darle, aún consagrándole por entero nuestras facultades y fuerzas?

El arte no llena su fin como no se apodera de las ideas que van surgiendo en el espíritu, y las calienta al fuego del corazón, y las dá forma en la fantasía, y las arroja vivas y brillantes al seno de las muchedumbres, y las encarna, por decirlo así, en la conciencia de los pueblos, y las haga el lábaro y la fé de las gentes, y las arrastre por ellas aquí á los comedios, allí á las calles, acullá á los campos de batalla. La guerra es santa cuando se la hace por la libertad y la justicia y hallamos cerradas á los nuevos principios las puertas de la tribuna y la prensa.

Debe el arte no sólo caldear la idea que nace, sino también combatir las destinadas á pronta muerte, hacerse eco de los gemidos que arrancan, pintar con energía los males que engendran, condenar el egoísmo de los que las sostienen, ponerlos en duro contraste con los que sufren, y hacer brillar sobre todas las almas heridas la luz de la esperanza y el sol de la justicia. Debe animar á los pueblos con los triunfos antes obtenidos, con la apoteosis de los héroes y los mártires que en otros tiempos los condujeron á la victoria ó por ellos derramaron su sangre. Debe inflamarlos en noble cólera contra los opresores, contra los que beben en impuras orgías las lágrimas del pobre; contra todos los que erigen el vicio y el crimen en norma de vida. Debe, en una palabra, depurar todas las conciencias y levantar todos los corazones.

Debe el arte también ennoblecer el trabajo, pintar y celebrar las conquistas de la industria, coronar de flores á cuantos ensanchen el poder del hombre, derramar torrentes de poesía sobre las generaciones que van transformando la faz de la tierra, alentar todas las grandes empresas y divinizar á los genios que las han hecho posibles por el descubrimiento y la aplicación de las leyes del universo.

Mas para esto es preciso que el arte salga de su aislamiento, viva de su siglo, participe de nuestras alegrías y nuestras amarguras, asista á nuestros espectáculos, á nuestras victorias y á nuestros desastres, descienda al fondo de nuestras sociedades, conozca y comprenda las múltiples manifestaciones de nuestra vida. De otra manera mal ha de traducir ideas que no conozca, tronar contra lo que no haya excitado sus iras, hacer sentir lo que no sienta. Porque vive aislado, es frío y formalista.

Oigo ya el clamor de los que así no piensan. "Rebajas, me dicen, el arte. De expresión que fué de lo infinito lo reducís á expresión de lo más finito y variable. De una bandera de paz haceis estandarte de guerra. A incentivo de pasiones populares bajais al que siempre estuvo por encima de las pasiones. Le limitais el campo en que ha de moverse, cuando para él no hubo nunca ni tiempo ni espacio. Le cerrais el cielo, la historia, las regiones de

la fantasía. Le dais por todo teatro la humanidad presente y la condenais á un grosero realismo”.

El arte ha sido y ha debido ser la expresión de lo infinito mientras ardía la fé en el corazón del hombre, y era el cielo la sola esperanza de los que sufrían, y para el cielo se dejaba el reinado de la justicia, y se miraba el sepulcro como la puerta de la vida, y se tenía la tierra en que vivimos como un valle de lágrimas y un lugar de prueba. Los tiempos han cambiado. Las creencias mueren, la duda se entroniza en los espíritus, el hombre se siente con fuerzas para conseguir en este mismo planeta el bien y la justicia, y empieza á reconocerse como parte integrante, no sólo de la humanidad presente, sino también de la humanidad futura. Nuestros ojos apenas se levantan al cielo más que para seguir el curso de los astros errantes ó contemplar otros mundos. A la vista de ese espacio sin límites apenas buscamos ya lo infinito sino en la materia. Y cuando la seguimos en sus evoluciones, y observamos que sin cesar se transforma y nunca muere, apenas si nos atrevemos á mentar lo increado. Hemos levantado nuestra razón por encima de los patriarcas y los profetas y despoblado el firmamento como despoblamos antes el Olimpo. ¿Qué irá á buscar hoy el arte en ese paraíso obscuro y vacío, ayer tan lleno de luz y de vida á los ojos de los pueblos?

Empeñado en ser aún expresión de lo infinito quiso el arte no há mucho tiempo ser especialmente religioso. Cayó en la imitación, en la copia, y hasta las formas debió tomar del arte de la Edad Media. No creó nada, y en todas sus composiciones estuvo muy por debajo de sus modelos. No pudo elevarse al poético misticismo de Juan de Juanes, ni reproducir el sombrío ascetismo de Zurbarán, ni llegar á Murillo. Perdió el sentimiento de la realidad y se entregó á un convencionalismo tan caprichoso como estrecho, de que pudo salir sin su trabajo. ¿Por qué habría de condenarse hoy á ser la expresión de creencias que pasaron?

No pretendo, sin embargo, que se cierre para el arte las páginas del Evangelio. No pretendo cerrarle ni las del Evangelio ni las de la historia. Pretendo sólo que busque en uno y en otra las ideas vivas, no las muertas. Recuerdo haber visto la estampa de un cuadro alemán, donde se veía á Cristo entre los ya libres esclavos de la Edad Antigua. Estaban todos de rodillas, húmedos de gratitud los ojos, aclamando al que imaginaban que los había redimido de la servidumbre. Allá en un ángulo, un negro, dolorido y lleno de ansiedad el rostro, mostraba á Cristo sus manos ceñidas aún por esposas de hierro, como diciéndole:— ¿Cuándo llegará la hora de que rompas mi cadena?— Ese artista comprendía perfectamente lo que hay aún vivo en el fondo del cristianismo, y llenaba, reproduciéndolo, el fin social del arte.

No condeno ni he condenado jamás que el

arte y la poesía se inspiren en las páginas de la historia ó en las de los Libros Santos; he condenado y condeno que escojan los hechos en ellas contenidos sin más fin que el de satisfacer nuestro amor á lo bello.

Ni he querido jamás que el arte lleve su idealismo al extremo de prescindir de los seres creados, que son, aunque más ó menos imperfecta, la expresión de las ideas mismas; pero he censurado con energía que prescinda de la idea y se atenga al hecho. Por aquel camino va á lo absurdo; por éste pierde su rango y se hace industria. La idea es en nuestra razón una virtualidad inerte; sólo al contacto de la realidad despierta y entra en movimiento. Aun entonces, la idea sin el hecho es un continente sin contenido, una quimera. El arte ha de ser idealista, sin que jamás olvide la realidad, la naturaleza.

¿Le está, pues, prohibido lo fantástico?—preguntará tal vez alguno. Si por argumentos fantásticos puede llenar su fin social, no seré yo quien le cierre tampoco las encantadoras regiones de la fantasía. Guárdese, empero, de prescindir de la realidad ni aun para la ejecución de semejantes argumentos. Por las orillas de esas regiones corre la vía que conduce al delirio y desvía de la belleza. Ordinariamente lo fantástico impresiona á todos sin conmovér á nadie. Es difícil que levante pasiones ni exite afectos, y si está falto de toda realidad, completamente imposible.

¿Qué es, pues, el arte? El arte, he dicho ya en otros escritos, es la traducción de las ideas bajo formas que, sin dejar de existir en el mundo real, son más acabadas y satisfacen más el sentimiento de la belleza. El arte, añadido ahora, ha de concurrir con las demás manifestaciones de la vida á la realización de los destinos de nuestra especie. Al efecto, ha de dar vida y calor á las ideas y apasionar por ellas á las muchedumbres. Lejos de aislarse de su siglo, ha de vivir en su siglo y de su siglo; pensar con él, sentir con él, esperar con él y salvar con él los precipicios que en nuestra incesante marcha á la perfección nos atajan con frecuencia el camino. Debe hasta presentir las ideas de mañana y ser la precursora de las nuevas creencias. La humanidad es el eterno Cristo: el arte ha de ser su precursor eterno.

Esto han sido todos los grandes poetas: esto serán siempre.

PI Y MARGALL.

Dr. Sixto de los Angeles

CONSULTORIO Y CLÍNICA

Quiotan, No 101. Santa Cruz.

Teléfono 907.